

MICHEL DE MONTAIGNE

LOS ENSAYOS

SEGÚN LA EDICIÓN DE 1595
DE MARIE DE GOURNAY

PRÓLOGO DE ANTOINE COMPAGNON
EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE J. BAYOD BRAU

BARCELONA 2007



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Les Essais*

Publicado por:

ACANTILADO

Quaderns Crema, S. A., Sociedad Unipersonal

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel.: 934 144 906 - Fax: 934 147 107

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la edición, las notas, el estudio introductorio y la traducción,

2007 by Jordi Bayod Brau

© del prólogo, 2007 by Antoine Compagnon

© de esta edición, 2007 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-96834-17-0

DEPÓSITO LEGAL: B.54.696 - 2007

Esta obra se benefició del apoyo del Servicio Cultural de la Embajada de Francia en España y del Ministerio francés de Asuntos Exteriores, en el marco del Programa de Ayuda a la Publicación (P.A.P. García Lorca).

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

NURIA SABURIT *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión*

PRIMERA REIMPRESIÓN *noviembre 2007*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre 2007*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

PRÓLOGO, <i>por</i> ANTOINE COMPAGNON	XI
ESTUDIO INTRODUCTORIO Y BIBLIOGRAFÍA SELECTA	XXIX
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN	LI
LOS ENSAYOS	I
AL LECTOR	5

LIBRO I

I. Puede lograrse el mismo fin con distintos medios	9
II. La tristeza	14
III. Nuestros sentimientos se arrastran más allá de nosotros	19
IV. Cómo el alma descarga sus pasiones sobre objetos falsos cuando le faltan los verdaderos	29
V. Si el jefe de una plaza sitiada debe salir a parlamentar	33
VI. El momento de parlamentar es peligroso	37
VII. La intención juzga nuestras acciones	41
VIII. La ociosidad	43
IX. Los mentirosos	45
X. El habla pronta o tardía	52
XI. Los pronósticos	55
XII. La firmeza	62
XIII. La ceremonia de la entrevista entre reyes	65
XIV. Se sufre castigo por obstinarse en defender una plaza sin razón	67
XV. El castigo de la cobardía	69

LOS ENSAYOS DE MICHEL DE MONTAIGNE

xvi. Un rasgo de ciertos embajadores	71
xvii. El miedo	75
xxviii. Que nuestra suerte debe juzgarse sólo tras la muerte	79
xix. Que filosofar es aprender a morir	83
xx. La fuerza de la imaginación	108
xxi. El provecho de uno es daño para otro	125
xxii. La costumbre y el no cambiar fácilmente una ley aceptada	127
xxiii. Resultados distintos de la misma decisión	152
xxiv. La pedantería	165
xxv. La formación de los hijos	182
xxvi. Es locura referir lo verdadero y lo falso a nuestra capacidad	233
xxvii. La amistad	240
xxviii. Veintinueve sonetos de Étienne de La Boétie	264
xxix. La moderación	265
xxx. Los caníbales	273
xxxi. Hay que dedicarse poco a juzgar las reglas divinas	293
xxxii. Huir de los placeres a costa de la vida	297
xxxiii. La fortuna se encuentra a menudo con el curso de la razón	299
xxxiv. Un defecto de nuestros Estados	304
xxxv. La costumbre de vestirse	306
xxxvi. Catón el Joven	311
xxxvii. Cómo lloramos y reímos por lo mismo	317
xxxviii. La soledad	322
xxxix. Consideración sobre Cicerón	338
xl. Que la experiencia de los bienes y los males depende en buena parte de nuestra opinión	345

CONTENIDO

XL I. No compartir la propia gloria	374
XLII. La desigualdad que hay entre nosotros	378
XLIII. Las leyes suntuarias	392
XLIV. El dormir	395
XLV. La batalla de Dreux	398
XLVI. Los nombres	400
XLVII. La incertidumbre de nuestro juicio	408
XLVIII. Los caballos destreros	417
XLIX. Las costumbres antiguas	430
L. Demócrito y Heráclito	436
LI. La vanidad de las palabras	441
LII. La frugalidad de los antiguos	445
LIII. Una sentencia de César	447
LIV. Vanas sutilezas	449
LV. Los olores	454
LVI. Las oraciones	457
LVII. La edad	472

LIBRO II

I. La inconstancia de nuestras acciones	479
II. La embriaguez	489
III. Costumbre de la isla de Ceos	503
IV. Las obligaciones, para mañana	524
V. La conciencia	527
VI. La ejercitación	533
VII. Las recompensas honoríficas	548
VIII. El amor de los padres a los hijos	554

LOS ENSAYOS DE MICHEL DE MONTAIGNE

ix. Las armas de los partos	580
x. Los libros	585
xi. La crueldad	605
xii. Apología de Ramón Sibiuda	628
xiii. Juzgar de la muerte ajena	913
xiv. Cómo nuestro espíritu se estorba a sí mismo	923
xv. Que nuestro deseo aumenta con la dificultad	924
xvi. La gloria	933
xvii. La presunción	953
xviii. El desmentir	1000
xix. La libertad de conciencia	1007
xx. Nada de lo que experimentamos es puro	1014
xxi. Contra la holgazanería	1019
xxii. Las postas	1025
xxiii. Malos medios empleados para un buen fin	1027
xxiv. La grandeza romana	1033
xxv. No fingirse enfermo	1035
xxvi. Los pulgares	1038
xxvii. La cobardía, madre de la crueldad	1040
xxviii. Todas las cosas tienen su hora	1053
xxix. La virtud	1057
xxx. Un niño monstruoso	1068
xxxi. La ira	1070
xxxii. Defensa de Séneca y de Plutarco	1081
xxxiii. La historia de Espurina	1090
xxxiv. Observaciones sobre los medios que Julio César usaba para hacer la guerra	1101
xxxv. Tres buenas mujeres	1113

CONTENIDO

xxxvi. Los hombres más excelentes	1123
xxxvii. La semejanza de los hijos con los padres	1134

LIBRO III

i. Lo útil y lo honesto	1179
ii. El arrepentirse	1201
iii. Tres relaciones	1221
iv. La diversión	1238
v. Unos versos de Virgilio	1253
vi. Los carruajes	1341
vii. La desventaja de la grandeza	1369
viii. El arte de la discusión	1376
ix. La vanidad	1409
x. Reservar la propia voluntad	1496
xi. Los cojos	1529
xxii. La fisonomía	1545
xviii. La experiencia	1589

SENTENCIAS E INSCRIPCIONES PINTADAS EN EL GABINETE Y EN LA BIBLIOTECA DE MONTAIGNE	1671
--	------

CRONOLOGÍA	1683
------------	------

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE «LOS ENSAYOS»	1707
------------------------------------	------

CAPÍTULO I

PUEDE LOGRARSE EL MISMO FIN CON DISTINTOS MEDIOS¹

a | La manera más común de ablandar los ánimos de aquellos a quienes hemos ofendido, cuando tienen la venganza en su mano y nos encontramos a su merced, es suscitar su lástima y piedad dando muestras de sumisión. Sin embargo, la osadía, la firmeza y la determinación, medios del todo contrarios, han servido a veces para alcanzar el mismo resultado. A Eduardo, príncipe de Gales, durante tanto tiempo gobernador de nuestra Guyena, personaje cuyas cualidades y fortuna presentan muchos notables rasgos de grandeza, no pudo detenerle, al conquistar la ciudad de los limosinos, que le habían infligido graves ofensas, el clamor del pueblo, de las mujeres y de los niños abandonados a la carnicería, que le pedían piedad y se le arrojaban a los pies. Continuó su avance por la ciudad hasta que reparó en tres gentilhombres franceses que, con increíble audacia, resistían por sí solos el empuje del ejército victorioso. La consideración y el respeto por un valor tan singular mitigó por primera vez la violencia de su cólera; y, por ellos tres, empezó a mostrarse misericordioso con los demás habitantes de la ciudad.²

¹ Cfr. Maquiavelo, *El Príncipe*, 25: «De ahí que ... dos hombres consigan el mismo resultado a pesar de actuar de manera opuesta y que, en cambio, de otros dos, aun actuando de manera idéntica, el uno alcance su propósito y el otro no» (trad. M. A. Granada, Madrid, 1990). Para Maquiavelo, que se ocupa del poder de la fortuna en los asuntos humanos, la clave del éxito radica en la conformidad de las acciones con la «condición de los tiempos». Véase también el título de I, 23.

² Cfr. Jean Froissart, *Crónicas*, I, 289 (pero según este cronista nada detuvo la matanza). Montaigne alude al famoso Príncipe Negro (1330-1376), que gobernó la Guyena, patria chica del autor de *Los ensayos*, en la época de la dominación inglesa.

Scanderberg, príncipe de Epiro, perseguía a uno de sus soldados para darle muerte. Éste, tras intentar aplacarlo recurriendo a toda suerte de humillaciones y súplicas, decidió en último término aguardarlo con la espada empuñada. Tal resolución frenó en seco la furia de su señor, que, al verle tomar una decisión tan honorable, le otorgó su gracia. Podrán interpretar de otra manera este ejemplo quienes no hayan leído nada sobre la prodigiosa fuerza y valentía de este príncipe.³ El emperador Conrado III había puesto cerco a Güelfo, duque de Baviera, y, pese a las viles y cobardes compensaciones que se le ofrecieron, no quiso transigir a otras condiciones más suaves que permitir la salida de las mujeres que permanecían asediadas junto al duque, con el honor salvo, a pie y llevando encima lo que pudieran. A éstas se les ocurrió, con magnánimo corazón, cargar a hombros a maridos e hijos, y al duque mismo. El emperador, muy complacido al ver la nobleza de su ánimo, lloró de satisfacción y mitigó la violencia de la enemistad mortal y suprema que había profesado contra el duque; y a partir de entonces los trató humanamente, a él y a los suyos.⁴

b | A mí cualquiera de los dos medios me arrastraría fácilmente, pues mi blandura frente a la misericordia y la mansedumbre⁵ es extraordinaria. A tal extremo que, a mi juicio, me rendiría con más naturalidad a la compasión que a la admiración. Sin embargo, la piedad es para los estoicos una pasión viciosa. Admiten que socorramos a los afligidos, pero sin ablandarnos y sin compadecerlos.⁶

³ El príncipe albanés Jorge Castriota Scanderberg (1405-1468) luchó contra los turcos por la independencia de su país. Cfr. Paolo Giovio, *Commentarii delle cose de' Turchi con gli fatti e la vita di Scanderberg*, 42, *ad finem*.

⁴ Cfr. Jean Bodin, *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*, «Proemium». La ciudad en cuestión es Weinsberg, en la Alta Baviera, asediada en 1140.

⁵ (b) y el perdón

⁶ Cfr., por ejemplo, Cicerón, *Tusculanas*, IV, 26, 56; Séneca, *La ira*,

a | Ahora bien, estos ejemplos me parecen tanto más oportunos porque vemos que estas almas, atacadas y puestas a prueba por los dos medios, resisten uno sin conmoverse, pero se doblegan bajo el otro. Cabe decir que el hecho de que un ánimo caiga en la conmiseración es un efecto de la ligereza, del carácter bondadoso y de la blandura, y que por eso las naturalezas más débiles, como las de mujeres, niños y vulgo, son más propensas a caer en ella; pero que rendirse sólo a la reverencia de la santa imagen del valor, desdeñando lágrimas y llantos, es el efecto del alma fuerte e implacable, que estima y honra el vigor viril y obstinado. Sin embargo, el asombro y la admiración pueden producir el mismo efecto en almas menos nobles. Tenemos la prueba del pueblo tebano, que llevó a sus capitanes ante la justicia, con una acusación capital, por haber ejercido su función más tiempo del prescrito y preestablecido. Mientras que absolvió a duras penas a Pelópidas, que se doblegó bajo el peso de tales acusaciones, y fundó su defensa en meras demandas y súplicas, por el contrario, con Epaminondas, que hizo un relato magnífico de las gestas que había realizado y las reprochó al pueblo, *c* | de manera orgullosa y arrogante, *a* | no tuvo siquiera el coraje de coger las bolillas de votar, y se marchó. La asamblea dedicó grandes elogios a la alteza de ánimo de este personaje.⁷

c | Cuando Dionisio el Viejo se apoderó de la ciudad de Regium tras mucho tiempo y enormes dificultades, y del capitán Pitón, gran hombre de bien que la había defendido con denuedo, quiso valerse de él para dar un trágico ejemplo de venganza. Le contó primero cómo, el día anterior, había hecho que ahogaran a su hijo y a todos sus parientes. Pitón se limitó a responder que eran un día más dichosos que él. Mandó después a unos verdugos que le desnudaran y que lo

II, 17; *La clemencia*, 2, 4-5; y Epicteto, *Disertaciones*, II, 21, 5; III, 22, 13; IV, 1, 4.

⁷ Plutarco, *Cómo alabarse sin despertar envidia*, 4, 54od-e.

cogieran y arrastraran por la ciudad azotándolo del modo más ignominioso y cruel, y colmándolo, además, de insultos y ultrajes. Pero él mantuvo su entereza de ánimo, sin desfallecimiento; y con firme semblante se dedicó, por el contrario, a recordar en alta voz el honorable y glorioso motivo de su muerte, por no haber querido rendir su país a un tirano, al tiempo que le amenazaba con un próximo castigo de los dioses. Dionisio leyó entonces en la mirada de la muchedumbre de su ejército que, lejos de indignarse contra las bravatas del enemigo vencido despreciando a su jefe y su victoria, empezaba a ablandarse por el asombro que le producía un valor tan singular, y barajaba la idea de amotinarse e incluso de arrancar a Pitón de las manos de sus guardianes. De modo que mandó cesar el martirio y, a escondidas, lo envió a que lo ahogaran en el mar.⁸

a | Qué duda cabe de que el hombre es un objeto extraordinariamente vano, diverso y fluctuante. Es difícil fundar un juicio firme y uniforme sobre él. Fijémonos en Pompeyo, que perdonó a la ciudad entera de los mamertinos, contra la cual albergaba sentimientos muy hostiles, en consideración del valor y de la magnanimidad del ciudadano Zenón, que asumió solo la culpa común, y no pidió otra gracia que ser el único en sufrir castigo. Pero el anfitrión de Sila, que mostró en la ciudad de Perugia un valor semejante, nada logró con ello, ni para sí mismo ni para los demás.⁹

b | Y, directamente contra mis primeros ejemplos, Alejandro, el más audaz de los hombres, y tan generoso con los vencidos, cuando conquistó tras pasar muchos y grandes aprietos la ciudad de Gaza, encontró a Betis, que la mandaba y de cuyo valor había tenido durante el cerco pruebas

⁸ Diodoro de Sicilia, XIV, 112, 1-5.

⁹ Plutarco, *Consejos políticos*, 19, 815e - 816a. No se trata de Zenón sino de Estenón. Tampoco se trata de Perugia sino de Preneste, pero este último error debe atribuirse a la traducción francesa de Plutarco que sigue Montaigne, la de Jacques Amyot de 1572.

asombrosas, solo, abandonado de los suyos, con las armas destrozadas, cubierto por entero de sangre y heridas, que seguía combatiendo en medio de una multitud de macedonios que le golpeaban por todos lados. Alejandro, muy molesto por el alto precio de la victoria—pues, entre otros daños, había sufrido poco antes dos heridas él mismo—, le dijo: «No morirás como has querido, Betis; ten por seguro que vas a padecer todos los tormentos que puedan inventarse contra un prisionero». El otro, con semblante no ya confiado sino arrogante y altivo, aguantó sin decir palabra las amenazas. Entonces, Alejandro, al ver la obstinación con que se callaba, lanzó: «¿Ha doblado la rodilla?, ¿se le ha escapado alguna palabra de súplica? Sin duda alguna venceré este silencio; y si no puedo arrancarle ni una sola palabra, le arrancaré al menos algún gemido». Y, trocando su cólera en rabia, ordenó que le perforaran los talones, y lo hizo arrastrar vivo, desgarrarlo y desmembrarlo atado a la trasera de una carreta.¹⁰

¿Acaso la fortaleza de ánimo fue tan natural y común para él que, no admirándola, la respetaba menos? c | ¿O bien la consideraba tan propiamente suya que no podía soportar verla en otro a esa altura sin la irritación de una pasión envidiosa?, ¿o bien el ímpetu natural de su cólera no podía consentir oposición alguna? En verdad, si admitía freno, lo verosímil es que lo hubiera tenido en la captura y destrucción de Tebas, cuando vio pasar cruelmente por el filo de la espada a tantos hombres valientes derrotados y ya sin medio alguno de defensa pública. Se dio muerte, en efecto, a unos seis mil, y ni uno fue visto huyendo o solicitando merced. Al contrario, buscaban por las calles, en cualquier rincón, enfrentarse a los enemigos victoriosos; los provocaban para que los matasen con honor. A ninguno se vio que no intentara vengarse incluso en el último suspiro y, con las armas de

¹⁰ Sobre el carácter de Alejandro, cfr. Plutarco, *La fortuna o virtud de Alejandro*, 2; la anécdota, en Quinto Curcio, IV, 6, 25-29.

la desesperación, consolar su muerte en la muerte de algún enemigo. Sin embargo, la aflicción de su valor no halló piedad alguna, y la duración de un día no bastó para saciar su venganza. La carnicería duró hasta que fue vertida la última gota de sangre, y se detuvo sólo ante las personas desarmadas, los ancianos, las mujeres y los niños, para hacer de ellos treinta mil esclavos.¹¹

CAPÍTULO II LA TRISTEZA

b | Me hallo entre los más exentos de esta pasión, *c* | y no la amo ni aprecio, aunque el mundo se haya dedicado, como por acuerdo previo, a honrarla con un favor particular. Visten con ella la sabiduría, la virtud, la conciencia—necio y monstruoso ornamento—. ¹ Con más propiedad, los italianos han usado su nombre para bautizar la malicia. ² Es, en efecto, una cualidad siempre nociva, siempre insensata, y los estoicos prohíben a sus sabios sentirla, por ser siempre cobarde y vil. ³

Pero *a* | se cuenta que el rey de Egipto Psaménito, vendido y capturado por el rey de Persia Cambises, al ver pasar

¹¹ Diodoro de Sicilia, XIX, 49-51; 53.

¹ La melancolía gozó de gran prestigio en el siglo XVI. Entre otros, Marsilio Ficino (*Tres libros sobre la vida*, I, 5) y Cornelio Agrippa (*Filosofía oculta*, I, 60) la reivindican como base natural de las personalidades excepcionales (revitalizando una vieja idea que se encuentra en el pseudoaristotélico *Problema* 30). Montaigne denuncia la complacencia en la tristeza en el capítulo II, 20; véase, sin embargo, el capítulo I, 8 y el inicio de II, 8, para tener noticia sobre sus propios problemas con la melancolía.

² En efecto, los términos «*tristizia*» y «*tristezza*» significan a la vez 'tristeza' y 'maldad'.

³ Los estoicos excluían la tristeza o aflicción del sabio ideal (cfr., por ejemplo, Cicerón, *Tusculanas*, III, II, 25 y ss.; IV, 25-26, 55-56; Séneca, *La clemencia*, II, 5, 4-5. Véase también san Agustín, *Ciudad de Dios*, XIV, 8).

ante él a su hija prisionera, vestida como una criada, a la que enviaban a por agua, se mantuvo firme sin decir palabra, con los ojos fijos en el suelo, mientras todos sus amigos gemían y sollozaban en torno suyo. Poco después, vio también conducir a su hijo a la muerte y permaneció en la misma actitud. Pero añaden que, cuando reparó en uno de sus amigos, al que conducían entre los prisioneros, empezó a golpearse la cabeza y a dar signos de un dolor extremo.⁴

Cabría asociar este relato a lo que hace poco vimos en uno de nuestros príncipes. Encontrándose en Trento, se enteró de la muerte de su hermano mayor—un hermano en el que radicaba el sostén y el honor de toda la familia—y, poco después, de un hermano pequeño, su segunda esperanza. Soportó las dos acometidas con ejemplar entereza. Pero cuando, unos días más tarde, murió uno de sus hombres, se dejó arrastrar por este último infortunio. Abandonando su firmeza, se entregó al dolor y a los lamentos, de suerte que algunos concluyeron que sólo la última sacudida le había afectado en lo vivo. Pero, a decir verdad, lo que sucedió es que, lleno y colmado de tristeza por lo demás, una mínima sobrecarga rompió los límites de su resistencia.⁵ Otro tanto podría pensarse, a mi juicio, de nuestra historia, si no añadiera que Cambises preguntó a Psaménito por qué la desgracia de sus hijos no le había conmovido y, en cambio, soportaba con tan poca entereza la de sus amigos. «Sólo este último dolor», respondió, «puede expresarse con lágrimas; los dos primeros rebasan con mucho cualquier posible forma de expresión».⁶

Acaso se acomodaría a estas palabras el hallazgo de un

⁴ Heródoto, III, 14, 1-7.

⁵ El príncipe en cuestión es el cardenal de Lorena (1524-1574), destacado defensor de la ortodoxia romana. Su hermano mayor, Francisco de Guisa, fue asesinado el 24 de febrero de 1563; Francisco de Lorena, su hermano pequeño, murió el 7 de marzo de 1563. La siguiente víctima aludida era, al parecer, su enano favorito.

⁶ Heródoto, III, 14, 9-10.

antiguo pintor. Tenía que representar la aflicción de los asistentes al sacrificio de Ifigenia según el grado en el cual la muerte de la hermosa muchacha inocente afectaba a cada uno. Al llegar al padre de la doncella, agotadas las últimas fuerzas de su arte, lo pintó con el rostro cubierto, como si ningún gesto pudiese representar tal grado de sufrimiento.⁷ Por eso mismo, los poetas imaginan que Níobe, la desdichada madre que perdió primero a siete hijos y luego al mismo número de hijas, abrumada por tales pérdidas, se transformó finalmente en roca,

*Diriguisse malis,*⁸

[Se quedó rígida de dolor],

para expresar el oscuro, mudo y sordo estupor que nos paraliza cuando las desgracias nos aplastan superando nuestra resistencia.

En verdad, la violencia de un disgusto, para ser extrema, debe sobrecoger el alma entera e impedir su libertad de acción. Así nos ocurre en plena alarma por una noticia muy desgraciada: nos sentimos atrapados, transidos y como incapaces de movimiento alguno. Cuando, más adelante, el alma cede a las lágrimas y a los lamentos, parece desprenderse, separarse y quedar más desahogada y tranquila:

*b | Et uia uix tandem uoci laxata dolore est.*⁹

[Y el dolor apenas dejó un conducto a su voz].

c | En la guerra que el rey Ferdinando hizo contra la viuda de Juan, el rey de Hungría, en torno a Buda, todo el mundo se

⁷ La anécdota, atribuida al pintor Timantes, es célebre; cfr. Cicerón, *El orador*, 22, 74; Quintiliano, 11, 13, 13; Plinio, xxxv, 10, 73; Valerio Máximo, viii, 11, ext. 6.

⁸ Ovidio, *Metamorfosis*, vi, 304.

⁹ Virgilio, *Eneida*, xi, 151.

fijó particularmente en un soldado que tuvo una actuación extraordinaria en cierta refriega. Desconocido, fue muy ensalzado y, cuando perdió la vida, llorado. Pero por nadie tanto como por Raisciac, señor alemán, prendado de un valor tan singular. Cuando trajeron el cuerpo, se acercó, con una curiosidad común, a ver quién era; y, una vez le quitaron la armadura al cadáver, reconoció a su hijo. El hecho aumentó la compasión de los presentes. Sólo él, sin decir palabra, sin pestañear, se mantuvo de pie observando fijamente el cuerpo de su hijo, hasta que la violencia de la tristeza, que abrumó sus espíritus vitales, le hizo caer repentinamente muerto.¹⁰

*a | Chi puo dir com'egli arde é in picciol fuoco,*¹¹

[El que puede decir cómo es su ardor, arde con un fuego pequeño],

dicen los enamorados que aspiran a representar una pasión insoportable:¹²

*misero quod omnes
eripit sensus mihi. Nam simul te,
Lesbia, aspexi, nihil est super mi
quod loquar amens.
Lingua sed torpet, tenuis sub artus
flamma dimanat, sonitu suo
tinniunt aures, gemina teguntur
lumina nocte.*¹³

[esto, mísero de mí, me arrebató todo sentimiento. Pues apenas te veo, Lesbia, trastornado, nada encuentro ya qué decir. La lengua se me traba, un fuego sutil se esparce por mis miembros, los oídos se me llenan de zumbidos, los ojos se me cubren de tinieblas].

¹⁰ Paolo Giovio, *Historia de su tiempo*, xxxix.

¹¹ Petrarca, *Canzoniere*, 170, 14.

¹² (a-b) Cosa que expresa genuinamente el divino poema.

¹³ Catulo, 51, 5-12.

b | De la misma manera, no es en el ardor vivo y más hiriente del arrebatado cuando estamos en condiciones de explayarnos con lamentos y persuasiones; el alma se encuentra entonces abrumada por hondos pensamientos, y el cuerpo, abatido y languideciente de amor. *a* | Y de ahí surge a veces el desfallecimiento fortuito que sorprende a los enamorados de modo tan importuno, y el hielo que se adueña de ellos, en el seno mismo del placer, por la violencia de un ardor extremo.¹⁴ Todas las pasiones que se dejan probar y digerir son sólo mediocres:

*Curae leues loquuntur, ingentes stupent.*¹⁵
[Las cuitas leves hablan, las grandes son mudas].

b | La sorpresa de un placer inesperado nos aturde igual:

*Vt me conspexit uenientem, et Troia circum
arma amens uidit, magnis exterrita monstis,
diriguit uisu in medio, calor ossa reliquit,
labitur, et longo uix tandem tempore fatur.*¹⁶

[Cuando vio que me acercaba y observó las armas troyanas que llevaba conmigo, perpleja y espantada por el extraordinario prodigio, se quedó rígida mirando, el calor abandonó sus miembros, se desplomó y sólo mucho después pudo por fin hablar].

a | Además de la mujer romana que murió sorprendida por la alegría de ver que su hijo había sobrevivido a la derrota de Cannas, de Sófocles y de Dionisio el Tirano, que murieron de alegría, y de Talva, que falleció en Córcega al leer las noticias de los honores que el Senado de Roma le había concedido,¹⁷

¹⁴ (b) accidente que no me es desconocido.

¹⁵ Séneca, *Hipólito*, II, 3, 607.

¹⁶ Virgilio, *Eneida*, III, 306-309.

¹⁷ Los cuatro ejemplos aparecen también juntos en Ravisius Textor, *Officina*, en el capítulo «Casibus aliis diversis mortui». Cfr. Plinio, VII, 53, 180.

tenemos en nuestro tiempo que el papa León X, al enterarse de la toma de Milán, que había deseado con extraordinario empeño, cayó en tal exceso de júbilo que le invadió la fiebre y murió.¹⁸ Y, como prueba más notable de la flaqueza humana, los antiguos observaron que Diodoro el Dialéctico falleció en el acto, embargado por un sentimiento extremo de vergüenza, porque no supo eludir, en su escuela y ante el público, una objeción que le habían presentado.¹⁹ *b* | Yo estoy poco expuesto a tales pasiones violentas. Mi aprehensión es dura por naturaleza, y la emboto y ofusco todos los días con el razonamiento.

CAPÍTULO III

NUESTROS SENTIMIENTOS
SE ARRASTRAN MÁS ALLÁ DE NOSOTROS

b | Quienes acusan a los hombres de andar siempre embelesados tras las cosas futuras y nos enseñan a aferrar los bienes presentes y a enraizarnos en ellos, dado que no tenemos poder alguno sobre el porvenir, bastante menos aún que sobre el pasado, tocan el más común de los errores humanos. Si es que osan llamar error a aquello a que nos conduce la propia naturaleza, para servir a la continuidad de su obra—*c* | más interesada en nuestra acción que en nuestra ciencia, es ella la que nos imprime esta falsa imaginación, como otras muchas—. *b* | Nunca estamos en nuestro propio terreno, nos encontramos siempre más allá. El temor, el deseo, la esperanza nos proyectan hacia el futuro, y nos arrebatan el sentimiento y la consideración de aquello que es, para que nos ocupemos de aquello que será, incluso cuando ya no estaremos. *c* | *Ca-*

¹⁸ Francesco Guicciardini, *Historia de Italia*, XIV, 10.

¹⁹ Plinio, VII, 53, 180.

*lamitosus est animus futuri anxius*¹ [Desgraciado es el ánimo inquieto por el futuro].

Platón alega con frecuencia este gran precepto: «Haz lo tuyo y conócete a ti mismo».² Cada uno de estos dos elementos implica en general el conjunto de nuestro deber, e implica también a su compañero. Quien deba cumplir lo suyo, verá que su primera lección consiste en saber qué es él mismo y qué le es propio. Y quien se conoce a sí mismo, deja de tomar lo ajeno por propio: se ama y se cultiva antes que a cualquier otra cosa—rehúsa las ocupaciones superfluas y los pensamientos y propósitos inútiles—.³ Así como la insensatez no está nunca satisfecha, por más que se le conceda todo lo que desee, la sabiduría se contenta con lo presente, nunca se disgusta consigo misma.⁴ Epicuro exime al sabio de prever el porvenir y de preocuparse por él.⁵

b | Entre las leyes que atañen a los difuntos, la que obliga a examinar las acciones de los príncipes una vez muertos me parece muy sólida.⁶ Los príncipes son compañeros, si no dueños, de las leyes:⁷ el poder que la justicia no ha ejercido sobre sus cabezas, es razonable que lo ejerza sobre su reputación y sobre los bienes de sus herederos—cosas que a menudo preferimos a la vida—. Es éste un uso que aporta ventajas singulares a las naciones donde se observa, y desea-

¹ Séneca, *Cartas a Lucilio*, 98, 6.

² Platón, *Timeo*, 72a; cfr. *Cármides*, 161b y 164d.

³ Sobre la prioridad del amor a sí mismo, véanse las primeras páginas del capítulo III, 10.

⁴ (c¹) *Vt stultitia etsi adepta est quod concupiuit nunquam se tamen satis consecutam putat: sic sapientia semper eo contenta est quod adest, neque eam unquam sui poenitet* [Cicerón, *Tusculanas*, v, 18, 54; la edición de 1595, que nosotros seguimos, ofrece la traducción de esta cita].

⁵ Cicerón, *Tusculanas*, III, 15, 32.

⁶ Montaigne piensa quizá en la «*damnatio memoriae*» [condena de la memoria] que practicaba el Senado romano.

⁷ Al respecto, véase I, 22 *ad finem*.

ble para todos los buenos príncipes, *c* | que han de lamentar que se otorgue el mismo trato a la memoria de los malos que a la suya. La sujeción y la obediencia las debemos por igual a todos los reyes, pues concierne a su oficio; pero la estima, como el afecto, los debemos sólo a su virtud. Acordemos al orden político soportarlos con paciencia cuando sean indignos, ocultar sus vicios, secundar sus acciones indiferentes con nuestra alabanza mientras su autoridad necesite de nuestro apoyo. Pero, concluida la relación, no es razonable rehusar a la justicia y a nuestra libertad la expresión de nuestros verdaderos sentimientos, ni sobre todo rehusar a los buenos súbditos la gloria de haber servido con reverencia y fidelidad a un amo cuyas imperfecciones les eran tan bien conocidas—privando a la posteridad de un ejemplo muy útil—. Y quienes, por mor de alguna obligación privada, abrazan inicua mente la memoria de un príncipe reprobable, ejercen una justicia particular a costa de la justicia pública. Dice Tito Livio con razón que el lenguaje de los hombres criados bajo la realeza está siempre lleno de vanas ostentaciones y falsos testimonios:⁸ todo el mundo eleva indiscriminadamente a su rey hasta el último límite del valor y hasta la grandeza suprema. Puede reprobarse la magnanimidad de aquellos dos soldados que respondieron a Nerón en sus propias barbas. Cuando éste le preguntó a uno de ellos por qué le quería mal, él le respondió: «Te apreciaba cuando lo merecías, pero, desde que te has convertido en un parricida, un incendiario, un titiritero y un auriga, te odio como lo mereces». El otro, ante la pregunta de por qué ansiaba matarlo, le dijo: «Porque no veo otro remedio a tus continuas maldades».⁹ Pero los testimonios públicos y universales que fueron rendidos tras su muerte, y que lo serán por siempre jamás, a él y a todos los malvados como él, de su comportamiento tiránico y abyecto, ¿quién en su sano juicio puede reprobarlos?

⁸ Cfr. Tito Livio, xxxv, 48, 2.

⁹ Tácito, *Anales*, xv, 67-68.

Me desagrada que en un gobierno tan santo como el lacedemonio se introdujera una ceremonia tan engañosa a la muerte de los reyes. Todos los aliados y vecinos y todos los hilotas, hombres y mujeres, confundidos, se hacían cortes en la frente en señal de duelo y expresaban con gritos y lamentaciones que aquel rey, sin importar cómo hubiera sido, era el mejor de todos los que habían tenido.¹⁰ Atribuían al rango la alabanza que correspondía al mérito, y lo que corresponde al primer mérito al rango último e inferior.

Aristóteles, que todo lo remueve, se pregunta, a propósito de la sentencia de Solón según la cual nadie puede ser llamado feliz antes de la muerte, si aquel mismo que ha vivido y muerto según sus deseos¹¹ puede ser llamado feliz cuando su renombre va mal y su descendencia es miserable.¹² Mientras nos movemos, nos trasladamos por anticipación allá donde se nos antoja; pero, una vez fuera del ser, carecemos de comunicación alguna con lo que es. Y sería mejor decirle a Solón que, por lo tanto, jamás hombre alguno es feliz, puesto que no lo es sino una vez que ha dejado de ser:

*b | Quisquam
vix radicitus e vita se tollit, et eiicit:
sed facit esse sui quiddam super inscius ipse,
nec remouet satis a proiecto corpore sese, et
uindicat.*¹³

[Nadie puede apenas desarraigarse de la vida y desprenderse de ella; todo el mundo hace, sin saberlo, que subsista alguna cosa de sí mismo, y no se separa lo suficiente del cadáver tendido, y lo reclama como propio].

¹⁰ Cfr. Heródoto, VI, 58.

¹¹ (c^t) según el orden.

¹² Cfr. Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, I, 10, 1100a 10 y ss. (donde el Estagirita se muestra escéptico sobre la supervivencia del alma). Montaigne comenta de nuevo la célebre sentencia de Solón en el capítulo I, 18.

¹³ Cfr. Lucrecio, III, 877-878, 882.

a | Bertrand de Guesclin murió en el asedio del castillo de Rancon, cerca de Puy, en la Auvernia. Los sitiados, que después se rindieron, fueron obligados a dejar las llaves de la plaza sobre el cuerpo del fallecido.¹⁴ Bartolomé de Alviano, general del ejército veneciano, murió sirviendo en sus guerras en el Bresciano, y, para trasladar el cadáver hasta Venecia, había de atravesar el Veronés, tierra enemiga. La mayoría del ejército era favorable a pedir a los veroneses un salvoconducto para el transporte. Pero Teodoro Trivulzio no estuvo de acuerdo, y prefirió pasarlo a viva fuerza al azar del combate. No era apropiado, dijo, que quien en vida jamás había temido a sus enemigos, demostrara temerlos una vez muerto.¹⁵ *b* | A decir verdad, en un asunto parecido, según las leyes griegas, quien reclamaba al enemigo un cadáver para su inhumación, renunciaba a la victoria, y no se le permitía ya erigir un trofeo por ella. Para aquel que recibía la petición, era un título de victoria. Así perdió Nicias la clara victoria que había logrado sobre los corintios.¹⁶ Y Agesilao, en cambio, aseguró aquella muy dudosa que había conseguido sobre los beocios.¹⁷

a | Tales rasgos podrían parecer extraños si no se hubiese aceptado desde siempre no sólo extender nuestra preocupación por nosotros más allá de esta vida, sino también creer que muchas veces los favores celestes nos acompañan a la tumba y continúan en nuestras reliquias. Son tantos los ejemplos antiguos, dejando aparte los nuestros, que no es necesario que me extienda en ellos.¹⁸ Eduardo I, rey de Inglaterra, comprobó en las largas guerras que le enfrentaron a Roberto, rey de Escocia, hasta qué punto su presencia favorecía sus intereses, pues lograba siempre la victoria en todas aquellas empresas que acometía en persona. Cuando se estaba mu-

¹⁴ Jean Bouchet, *Annales d'Aquitaine*, IV, 6.

¹⁵ Cfr. Francesco Guicciardini, *Historia de Italia*, XII, 17.

¹⁶ Plutarco, *Nicias*, 6, 4-6. ¹⁷ Idem, *Agesilao*, 19, 4.

¹⁸ «Nuestros» ejemplos son sin duda los cristianos.

riendo, obligó a su hijo, mediante solemne juramento, a que, una vez fallecido, hiciera hervir su cadáver para desprender la carne de los huesos, hiciera enterrar aquélla y reservara los huesos para llevarlos consigo y en su ejército cada vez que estuviera en guerra contra los escoceses. Como si el destino hubiera asociado fatalmente la victoria a sus miembros.¹⁹

b | Juan Ziska, que agitó la Bohemia en defensa de los errores de Wyclef, quiso que a su muerte lo desollaran, y que con su piel hicieran un tambor para llevarlo a la guerra contra sus enemigos. Pensaba que esto ayudaría a continuar las victorias que había conseguido en las guerras que había realizado contra ellos.²⁰ De igual manera, ciertos indios llevaban a la lucha contra los españoles la osamenta de uno de sus capitanes, en vista de la fortuna que había tenido en vida. Y otros pueblos de ese mismo mundo arrastran a la guerra los cadáveres de los valientes que han muerto en sus batallas, para que les den buena suerte y les sirvan de incentivo.²¹

a | Los primeros ejemplos no le reservan a la tumba sino la reputación adquirida con las acciones pasadas; éstos, en cambio, pretenden añadir además el poder de actuar. El caso del capitán Bayard es más fácil de asimilar. Sintién dose herido de muerte por un arcabuzazo recibido en pleno cuerpo, le aconsejaron apartarse de la pelea. Respondió que no empezaría a dar la espalda al enemigo en sus últimas horas; y, tras haber combatido mientras tuvo fuerzas, al sentirse desfallecer y caer del caballo, ordenó a su mayordomo que

¹⁹ Cfr. Thomas Walsingham, *Historia brevis*, Londres, 1574, p. 65. Eduardo II de Inglaterra fue, sin embargo, repetidamente derrotado por el héroe escocés Robert the Bruce (1274-1329).

²⁰ Cfr. Herbut de Fulstin, *Histoire des Roys et princes de Poloigne*, París, 1573, f. 150v. Jan Ziska (c. 1360-1424) fue un jefe husita bohemio. Jan Hus (c. 1370-1415), condenado en el Concilio de Constanza y muerto en la hoguera, adoptó las ideas de John Wyclef (c. 1320-1384) y predicó la reforma de la Iglesia en Bohemia. Recoge la anécdota, por ejemplo, Alciato en *Emblemas*, 170.

²¹ Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, 72.

lo recostara al pie de un árbol, pero de tal suerte que pudiera morir con el rostro vuelto hacia el enemigo, como hizo.²²

Debo añadir un ejemplo más notable para nuestra consideración que ninguno de los precedentes. El emperador Maximiliano, bisabuelo del actual rey Felipe, era un príncipe dotado de muchas grandes cualidades, y entre ellas de una singular belleza física.²³ Pero, entre sus inclinaciones, tenía una muy contraria a la de los príncipes, que, para despachar los asuntos más importantes, convierten su retrete en trono. Jamás tuvo ningún ayuda de cámara tan íntimo que le permitiese verlo en el excusado. Orinaba a escondidas, tan escrupuloso como una doncella en no descubrir ni a los médicos ni a nadie las partes que suelen mantenerse ocultas.²⁴ *b* | Yo, tan desvergonzado de lengua, estoy, sin embargo, aquejado por temperamento de este pudor. Si no es muy instigado por la necesidad o por el placer, casi nunca muestro a la vista de nadie los miembros y las acciones que nuestra costumbre ordena esconder. Me resulta todavía más penoso porque no lo considero conveniente en un hombre, y sobre todo en un hombre de mi profesión. *a* | Pero él llegó a tal extremo de superstición en esto que ordenó con palabras expresas de su testamento que, una vez muerto, le pusieran calzoncillos. Debería haber añadido en un codicilo que se los subieran con los ojos tapados. *c* | La orden que Ciro da a sus hijos, que ni ellos ni nadie vean ni toquen su cuerpo tras la separación del alma, la atribuyo a alguna devoción suya.²⁵ Tanto su historiador como él, entre sus grandes cualidades, han esparcido por todo el curso de su vida una singular atención y reverencia hacia la religión.

²² Guillaume y Martin du Bellay, *Mémoires*, II, París, 1569, f. 59.

²³ Maximiliano I de Habsburgo, archiduque de Austria y emperador de Alemania, fue el bisabuelo de Felipe II.

²⁴ Cfr. Pedro Mexía, *Historia imperial y cesarea* (1545); Theodor Zwinger, *Theatrum uitae humanae* (1571).

²⁵ Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 7, 26.

b | Me disgustó el relato que me hizo un grande sobre uno de mis parientes, hombre bastante conocido en la paz y en la guerra. Cuando, muy viejo, estaba muriéndose en su palacio, atormentado por los dolores extremos del mal de piedra, dedicó sus últimas horas a disponer con vehemente afán el honor y la ceremonia de su entierro, y conminó a toda la nobleza que le visitaba a prometerle la asistencia a sus exequias. Incluso a este príncipe, que le vio en sus últimos momentos, le suplicó con insistencia que ordenara a su familia estar presente, y empleó buen número de ejemplos y razones para probar que así convenía a un hombre de su condición. Una vez obtenida esta promesa y dispuesta a su gusto la distribución y el orden del cortejo, pareció expirar satisfecho. Apenas he visto otra vanidad tan perseverante.

Un desvelo opuesto, del que tampoco me faltan ejemplos domésticos, me parece hermano del anterior: preocuparse y apasionarse en grado sumo por reducir el propio cortejo a una sobriedad singular e inusitada, a un criado y una luz. Veo que se alaba esta inclinación, y el mandato de Marco Emilio Lépido, que prohibió a sus herederos dedicarle las ceremonias acostumbradas en tales casos.²⁶ ¿Sigue siendo templanza y frugalidad evitar un gasto y un placer cuyo uso y conocimiento no podemos percibir? Se trata de una reforma cómoda y poco costosa. *c* | Si hubiera que disponer algo al respecto, yo sería partidario de que en ésta, como en todas las acciones de la vida, cada cual ajustara la regla al grado de su fortuna. Y el filósofo Licón prescribe sabiamente a sus amigos que depositen su cadáver donde mejor les parezca, y en cuanto a los funerales, que no los hagan ni superfluos ni mezquinos.²⁷ *b* | Yo dejaré que sea simplemente la costumbre

²⁶ Tito Livio, «Epítome», XLVIII; Alejandro de Alejandro aprueba esta parquedad en *Geniales dies*, III, 7.

²⁷ Diógenes Laercio, V, 74.

la que disponga de la ceremonia;²⁸ y me remitiré a la discreción de los primeros a quienes les toque encargarse de mí. *c* | *Totus hic locus est contemnendus in nobis, non negligendus in nostris.*²⁹ [Debemos desdeñar todo este asunto en lo que nos corresponde, pero no descuidarlo en lo que atañe a los nuestros]. Y dice santamente un santo: «*Curatio funeris, conditio sepulturae, pompa exequiarum magis sunt uiuorum solatia quam subsidia mortuorum*».³⁰ [El cuidado de los funerales, la calidad de la sepultura, la pompa de las exequias, son más consuelo para los vivos que auxilio para los muertos]. Por eso, a Critón, que en su última hora le pregunta cómo quiere ser enterrado, Sócrates le responde: «Como tú quieras».³¹ *b* | Si hubiese de preocuparme más del asunto, me parecería más agradable imitar a quienes, mientras viven y respiran, intentan gozar del orden y del honor de su sepultura, y se complacen en ver su semblante muerto en mármol. ¡Felices quienes sepan alegrar y gratificar sus sentidos con la insensibilidad, y vivir de su muerte!

c | A punto estoy de caer en un odio irreconciliable contra todo dominio popular, por más que me parezca el más natural y equitativo, cuando recuerdo la inhumana injusticia cometida por el pueblo ateniense. Hizo morir de manera irremisible, y sin aceptar siquiera escuchar sus defensas, a los valerosos capitanes que acababan de vencer a los lacedemonios en la batalla naval que tuvo lugar cerca de las islas Arginusas, la más disputada, la más violenta batalla que los griegos libraron jamás en el mar con sus fuerzas. El motivo era que, tras la victoria, habían aprovechado las ocasiones que la ley de la guerra les ofrecía en vez de pararse a recoger e

²⁸ (b) y salvo las cosas requeridas al servicio de mi religión, si es en un lugar donde sea preciso prescribirlo.

²⁹ Cicerón, *Tusculanas*, I, 45, 108.

³⁰ San Agustín, *Ciudad de Dios*, I, 12.

³¹ Platón, *Fedón*, 115 c; cfr. Cicerón, *Tusculanas*, I, 43, 102-103.

inhumar a sus muertos. Y hace más odioso este ajusticiamiento el caso de Diomedón. Era uno de los condenados, hombre de notable virtud, tanto militar como política. Se adelantó para hablar tras oír la sentencia de condena, y, pese a que sólo entonces dispuso de tiempo para una audiencia sosegada, en lugar de emplearlo en favor de su causa y para descubrir la evidente injusticia de tan cruel resolución, se limitó a manifestar su inquietud por la salvación de sus jueces. Rogó a los dioses que volviesen este juicio en su beneficio, y, para evitar que atrajeran la cólera de los dioses sobre ellos, por no cumplir los votos que él y sus compañeros habían hecho en agradecimiento por una fortuna tan ilustre, les hizo saber de qué votos se trataba. Y, sin decir más y sin regateo alguno, al instante se dirigió con sumo valor hacia el suplicio.³² La fortuna, algunos años después, les pagó con la misma moneda. En efecto, Cabrias, capitán general de su armada, que resultó vencedor del combate contra Pollis, almirante de Esparta, en la isla de Naxos, perdió el provecho claro y efectivo de su victoria, muy importante para sus intereses, por no incurrir en el infortunio de aquel ejemplo. Y, por no perder unos pocos cadáveres de amigos que flotaban en el mar, permitió que navegara a salvo una multitud de enemigos vivos que después le hicieron pagar cara la importuna superstición.³³

Quaeris quo iaceas post obitum loco?

*Quo non nata iacent.*³⁴

[¿Preguntas dónde yacerás una vez muerto?

Allí donde yacen quienes no han nacido].

³² Diodoro de Sicilia, XI, 97-102.

³³ Idem, XV, 35-1.

³⁴ Séneca, *Las Troyanas*, II, 30, 407-408. En los versos 397-402 se lee: «Nada hay tras la muerte, y nada es la propia muerte.... La muerte es indivisible; nociva para el cuerpo, no perdona el alma». Se trata de un pasaje a menudo tachado de impiedad (por ejemplo, por el jesuita Martín del Río, por lo demás primo de Montaigne, en su edición de las *Tragedias* de Séneca), que será evocado frecuentemente por los libertinos del siglo XVII.

Este otro devuelve el sentimiento del reposo a un cuerpo sin alma:

*Neque sepulcrum quo recipiat, habeat portum corporis,
ubi, remissa humana uita, corpus requiescat a malis.*³⁵

[Y que no tenga sepultura donde el cuerpo pueda encontrar refugio, donde, abandonada la vida humana, el cuerpo repose de los males].

De igual manera, la naturaleza nos hace ver que muchas cosas muertas siguen manteniendo relaciones ocultas con la vida. El vino se altera en las bodegas a medida que se producen ciertos cambios de las estaciones en su viña. Y la carne de venado cambia de condición y de sabor en los saladeros según las leyes de la carne viva, a lo que dicen.³⁶

CAPÍTULO IV

CÓMO EL ALMA DESCARGA SUS PASIONES SOBRE OBJETOS FALSOS CUANDO LE FALTAN LOS VERDADEROS

a | **U**no de nuestros gentilhombres, sumamente propenso a la gota, cuando los médicos le instaban a abandonar por entero el disfrute de las carnes saladas, solía responder con mucha gracia que, en los ataques y tormentos de la enfermedad, quería tener a quién echarle la culpa, y que, gritando y maldiciendo contra la salchicha o contra la lengua de buey y el jamón, sentía un gran alivio. Pero, hablando en serio, el brazo que levantamos para golpear, si el golpe no atina y va

³⁵ Ennio, citado en Cicerón, *Tusculanas*, I, 44, 107.

³⁶ Cfr. Antoine Mizauld, *Recueil des sympathies et antipathies de plusieurs choses memorables*, París, 1556, f. 111 - v y f. 28v - 29r.